

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Subscriptiones.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7'50 Id.—La suscripción se contará desde 1.º y 18 de cada mes.—Toda la correspondencia y paquetes, diríjanse al Administrador.—No se devuelven los originales.—Administración: Plaza de San Agustín, número 7, bajo Redacción Isaac Peral 24

Condicionales.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París Mr. Lo rrette, 14, rue Rougemont; Mr. John P. Jones, 31, Boulevard Mazarin;—New York, Mr. George H. Pike, 21, Park Row.—Berlín, Rudolf Mosse Jerusalem Strasse, 48 y 49.

PERFIL DE LA SEMANA

Acotaciones

Traigamos, gozosos, á estas notas volanderas una ráfaga pura, sutil, de optimismo y de poesía. Que no todo ha de ser sordida política, insolente y marrullera, ni vamos á perpetrar la ingrata tarea de acusar lo prosaico y comentar—lanza en ristre—lo condottiero y lo vill...

Sabe, hermano lector, que se inauguró en los días últimos la Exposición de Bellas Artes. En el Retiro—donde está instalada—tuvo lugar el suceso insigne. Hubo una gran pompa como sureña digna de un tal acaecimiento. Fué una fiesta gentil de luz, de alegría, de romanticismo; de vida, en suma. La realeza—con la fuerza inmensa de sus prestigios y el noble empaque de su abuelo—asistió al espectáculo de arte y de raza... Brilló también—luego de unos días grises y hurraños—el sol de las grandes jornadas madrileñas, ibéricas. La primavera, que hasta ahora había tenido un mohín de desacuerdo con el calendario, hizo su presentación en el momento mismo en que el arte comenzaba á fulgir en la Exposición del Retiro.

Y fué una mañana perfumada y fresca, y hubo mujeres de ensueño, y ¡ay!, la moda lanzó al mundo algarero de las calles los posteros engendros de su inquieta, malsana y loca fantasía.

Ya pronunció unas palabras desahucadas y rutinarias el conde de Estéban Collantes, Escarcé, audaz, por los campos del arte. Mal ó bien, salió del trance. Con el uniforme ministerial adquiere rara prestancia la indocumentación cultural. Aquella banda de Carlos III que cruza el pecho de don Saturnino ¡es tan gentil...

Triunfa la gente moza en esta Exposición del Retiro... Julio Romero de Torres—magro pincel—, Zublaurie, Salaverría, Benedito—artista del retrato, de una elegancia y sensibilidad espléndidas—traen á los bellos lares del arte pictórico una fuerza avasalladora de juventud. Pero no de una juventud abstrusa, irreverente, para con la tradición gloriosa, sino de una confortante aura de renovación, sobre la base sólida é imprescindible de las viejas escuelas, las de los maestros inmortales.

Los veteranos han afirmado—nuevamente—su personalidad definida y fuerte. Moreno Carbonero, Francisco Domingo, Rusiñol y tantos más, ofrecen á la generación que llega á la sublime ejemplaridad y la vigorosa enseñanza de la generación que—cronológicamente—declina y se va...

Es un resurgimiento de la raza, un afán espiritual y sutil... Lo otro es un grosero atavismo, una aberración proterva, que, de seguir en auge, ha de acabar con las energías hispanas.

En nombre de esas energías, de la pujanza intelectual, del arte, de la sensatez, de la «racionalidad», saludamos en esta Exposición del Retiro—inaugurada con solemnidad procer—un atisbo fundado de regeneración en la cultura patria...

Lector: todo esto es de un lirismo augusto, de una esperanza ubérrima, de un matiz lleno de consuelo y de ambrosia... Esto es algo más grande y más trascendente y más líbero y más culto que una estocada de Vicente Pastor ó una «faena» del fenómeno...

Madrid, castillo famoso... No es del miedo de lo que en los días actuales, aliviaría al «rey moro» la villa y corte de las Españas...

En el cortejo de hoy ha marchado á Córdoba, nuestro estimado amigo D. Francisco Ruiz, Comandante de caballería y ayudante del Excelentísimo Sr. Gobernador militar de esta plaza.

Le deseamos un feliz viaje. —Acompañado de su distinguida esposa y bellísima hija Emilita, ha regresado de la corte nuestro querido amigo el Comisario de Marina don Emilio Briones.

Bien venido. —En el Algar se encuentra enfermo, nuestro amigo el rico minero D. Pedro Luengo. —Deseamos que el enfermo encuentre en breve una completa mejoría. —Regresó de Madrid acompañado de su distinguida familia, el Iniero naval D. Felipe Briñas.

Madrid está en fiestas. No alambicaremos el superlativo hasta el extremo de decir que «arde» en fiestas. No; eso sería una exaltación alarmante de nuestra imaginación. Madrid se «chamusca», sencillamente.

¿No lo observaste, lector? ¡Ah! Pues sí... Hay corrida de toros á diario, conciertos y bailes populares, cabalgatas y romerías, deportes y olimpiadas... Dicen, lector, que todo esto es resucitar á Goya con sus manolitas castizas y sus tradicionales chisperos. Pero, ¡bahl, no haga caso. Eso, por el contrario, es echar una llave más—¡tantas lo lacran!—al sepulcro de chisperos y manolitas.

A sangre y fuego Europa, en una lucha sin final, despiadada, aterradora; próximos á contemplar nuevas y más lamentables complicaciones que avivarán la hoguera y que quizá no le sean del todo indiferentes á España, Madrid se divierte. Miente que se divierte. ¿Brea tú, lector, acaso, de los que rien ó lloran á plazo fijo y bajo las órdenes de una batuta, aunque sea tan simpática como la del Centro de Hijos de Madrid?... ¡Oh!, no; seguramente, no...

Batan marcha las músicas y bailen y retocen los que en la tarea hallen gusto. Rían y hólguense de vivir en Arcadia tan feliz los espíritus propincuos al alborozo. Pero no escandalicen demasiado. Que hay duelo en la vecindad y no estamos del todo seguros los de casa de que no haya algún día en nuestros lares. Además—y esto va con el «ejemplar» Ayuntamiento—¡tenemos las calles sin barrer!...

En el Gran Teatro se exhibe en un frasco que sirve de «reclame» á cierto producto medicinal un hombre, cuyo mérito está en no comer durante ocho días.

¿Mérito?... ¿Pagar por ver lo que, sin pagar, vamos á ver un día de estos?...

¡Ah!, señor Pappús. Hombre del antaño quimérico; elegid otro oficio. Que con este de «no comer» vais camino de «no comer» en realidad... Han cambiado los tiempos. No pasan en balde los años. Antes érais un ser raro y normal. Ahora—y cada día más—os vais trocando en un ser vulgar y adocenado. Habéis sufrido mal golpe con eso del encarecimiento de las subsistencias. Los acaparadores os atacan implacables. Dejad, dejad ese oficio...

Y si dentro de unos meses gustais de exhibiros, señor Pappús, hacedlo en un gran restorán, bloqueado por ricos manjares y succintos bocados. ¡Ah!, entonces qué gran éxito obtendréis. Seréis la «rara avis» de la humanidad.

Pero, por ahora, dejad ese oficio de no «comer», que va siendo muy vulgar...

Luis de Galinsoga. Madrid Mayo 1915.

De Sociedad

En el cortejo de hoy ha marchado á Córdoba, nuestro estimado amigo D. Francisco Ruiz, Comandante de caballería y ayudante del Excelentísimo Sr. Gobernador militar de esta plaza.

Le deseamos un feliz viaje. —Acompañado de su distinguida esposa y bellísima hija Emilita, ha regresado de la corte nuestro querido amigo el Comisario de Marina don Emilio Briones.

Bien venido. —En el Algar se encuentra enfermo, nuestro amigo el rico minero D. Pedro Luengo. —Deseamos que el enfermo encuentre en breve una completa mejoría. —Regresó de Madrid acompañado de su distinguida familia, el Iniero naval D. Felipe Briñas.

Madrid está en fiestas. No alambicaremos el superlativo hasta el extremo de decir que «arde» en fiestas. No; eso sería una exaltación alarmante de nuestra imaginación. Madrid se «chamusca», sencillamente.

¿No lo observaste, lector? ¡Ah! Pues sí... Hay corrida de toros á diario, conciertos y bailes populares, cabalgatas y romerías, deportes y olimpiadas... Dicen, lector, que todo esto es resucitar á Goya con sus manolitas castizas y sus tradicionales chisperos. Pero, ¡bahl, no haga caso. Eso, por el contrario, es echar una llave más—¡tantas lo lacran!—al sepulcro de chisperos y manolitas.

A sangre y fuego Europa, en una lucha sin final, despiadada, aterradora; próximos á contemplar nuevas y más lamentables complicaciones que avivarán la hoguera y que quizá no le sean del todo indiferentes á España, Madrid se divierte. Miente que se divierte. ¿Brea tú, lector, acaso, de los que rien ó lloran á plazo fijo y bajo las órdenes de una batuta, aunque sea tan simpática como la del Centro de Hijos de Madrid?... ¡Oh!, no; seguramente, no...

Batan marcha las músicas y bailen y retocen los que en la tarea hallen gusto. Rían y hólguense de vivir en Arcadia tan feliz los espíritus propincuos al alborozo. Pero no escandalicen demasiado. Que hay duelo en la vecindad y no estamos del todo seguros los de casa de que no haya algún día en nuestros lares. Además—y esto va con el «ejemplar» Ayuntamiento—¡tenemos las calles sin barrer!...

En el Gran Teatro se exhibe en un frasco que sirve de «reclame» á cierto producto medicinal un hombre, cuyo mérito está en no comer durante ocho días.

¿Mérito?... ¿Pagar por ver lo que, sin pagar, vamos á ver un día de estos?...

¡Ah!, señor Pappús. Hombre del antaño quimérico; elegid otro oficio. Que con este de «no comer» vais camino de «no comer» en realidad... Han cambiado los tiempos. No pasan en balde los años. Antes érais un ser raro y normal. Ahora—y cada día más—os vais trocando en un ser vulgar y adocenado. Habéis sufrido mal golpe con eso del encarecimiento de las subsistencias. Los acaparadores os atacan implacables. Dejad, dejad ese oficio...

Y si dentro de unos meses gustais de exhibiros, señor Pappús, hacedlo en un gran restorán, bloqueado por ricos manjares y succintos bocados. ¡Ah!, entonces qué gran éxito obtendréis. Seréis la «rara avis» de la humanidad.

Pero, por ahora, dejad ese oficio de no «comer», que va siendo muy vulgar...

Luis de Galinsoga. Madrid Mayo 1915.

De Portugal

Madrid 22 9 m. Noticias fidedignas que son dignas de crédito, aseguran que si bien la tranquilidad material se ha restablecido en Lisboa, dicta mucho de saberse el verdadero aspecto de la situación.

Anoche mismo como en los días anteriores, proseguían recorriendo las calles de la población patrullas de hombres armados.

Muchos de los complicados en los últimos sucesos se han escondido sin poderse librar de las agresiones que se repiten con frecuencia.

Clases Pasivas

El próximo día veintinueve quedará abierto el pago de las mismas en la habitación de la calle de Jara número 40, entresuelo.

Un Alférez de Navío

Por Fred Mael. Debe usted recordarlo, era F... me dijo el Teniente de Navío, que se hallaba tumbado en su «chaise longue» y con la cabeza envuelta en gasas y vendajes.

Era aquel muchacho uno de nuestros jóvenes marinos, de los «modernos», despreocupado, aparentemente apático, «opíamano» incorregible. uno de esos «oficiales de salón», de los que vuestros compañeros tanto han murmurado antes de la guerra. Pues bien, ese «oficial de salón», ha muerto como un héroe de los tiempos legendarios.

El hecho ocurrió allá en lo alto, en Flandes, hacia el lado del Iser. Yo me hallaba allá con la brigada de fusileros marinos de Brest, y F... se hallaba bajo mis órdenes.

Desde la víspera, la niebla alternaba con una lluvia menuda, que más bien que lluvia semejaba polvo líquido. Nuestros marinos, faltos de mantas, trataban, y... vino la orden del Estado Mayor.

Era preciso apoderarse á todo trance y costara lo que costara, de una colina que estorbaba la marcha y que entorpecía, convertido en reducho y fortín improvisado, el avance á las tropas aliadas, que tenían precisión de franquear un pequeño canal.

Los alemanes se habían fortificado, atrincherándose en aquella posición.

A nosotros se nos había colocado á vanguardia de las tropas designadas para llevar á cabo el mencionado cometido; formáramos una compañía mandada en calidad de mayor por un Capitán de Fragata, veterano de las guerras del Torkin.

Al amanecer, tuvimos el primer contacto con el enemigo.

Todo el terreno, en los alrededores de la aldea, estaba lleno de obstáculos, cortado con fosos llenos de agua y de fango, erizada de trampas y cepos, y protegida por una espesa y resistente alambrada.

Los alemanes, parapetados tras los espaldones y los accidentes del terreno, nos recibieron con mucho brío, haciendo sobre nosotros un fuego muy bien nutrido y muy bien dirigido.

Los disparos, muy bien aprovechados, causaron entre los nuestros numerosas bajas, pero al fin logramos desembarazarnos de todos los obstáculos que á cada paso se nos presentaban.

El Capitán de Fragata que nos mandaba y que sable en mano iba á nuestro frente, cayó herido de muerte, y entonces yo me encargué del mando. En estos momentos se produjo una pequeña confusión en nuestro frente de ataque; acabábase de embocar una especie de camino cubierto, cuya existencia ignorábamos, y bajo el cual algunas ametralladoras, casi invisibles, rompieron un fuego horroroso, á boca de jarro.

El ala izquierda de nuestra línea comenzó á replegarse y á batirse en retirada; la derecha, en peligro de ser copada por un vigoroso contraataque iniciado desde la trinchera, se vió precisado á iniciar también un ligero retroceso.

Para reorganizar y rehacer un tanto á mi gente, les hice retroceder más aún y descansar unos momentos, y una vez rehecha mi fuerza, les grité ¡á la bayoneta! y me puse á la cabeza con el sable en alto.

Con un esfuerzo desesperado y furioso mis valientes muchachos se lanzaron sobre el enemigo.

Esta carga suprema y de irresistible empuje desconcertó á los bávaros de tal modo, que minutos después logramos hacer una brecha en sus filas apretadas y compactas, que al fin logramos romper.

Los perseguimos llegando á un sangriento y encarnizado combate cuerpo á cuerpo, pero al llegar á la última trinchera que defendía la entrada del pueblo, una horrosa granizada de balas lanzadas por las ametralladoras nos obligaron á iniciar una nueva retirada.

Una bala me destruyó la cara, oírame atravesó un homoplato y caí sin sentido, extenuado por el dolor y por la pérdida de sangre. Un marino me cargó sobre su espalda y ya no ví más sino que el humo de la pólvora hacía más densa y oscura aún la llama que nos envolvía.

V entonces fué cuando F... realizó algo que sobrepasa á lo heroico por lo grandioso y lo sublime.

Llamó á un Contramaestre, le habló en voz baja durante unos momentos, dándole algunos órdenes breves y terminantes. Después vació todos sus bolsillos á la vista del

Contramaestre sorprendido y asustado: los papeles, el reloj, el dinero todo lo sacó de sus bolsillos; después se quitó el sable y el revólver y lo entregó todo á su ordenanza y una vez hecho esto, mandó que le trajeran todas las granadas de mano que aún conservaban en sus manos y sin explotar aún, los muertos afe-manes que se hallaban tendidos más cerca y mandó que le buscaran enseguida un pedazo largo de fieltro.

El marino, desconcertado, obedeció como un autómatas las órdenes de F... y trajo diez granadas y el trozo de fieltro pedido.

El Alférez de navío examinó con tranquilidad y atentamente el funcionamiento de las bombas, después se las amarró las diez alrededor de la cintura, cuidando que fueran iguales las distancias que las separaba á unas de otras; se le vió sacar del bolsillo la petaca y extraer de ella un cigarrillo turco y encenderlo con una imperturbable tranquilidad, reunir después las mechas de las diez bombas en su mano izquierda y prender el fuego con la lumbre del cigarrillo y... lanzarse como una flecha á los muros de la trinchera gritando con una voz potente y firme:

¡Á la bayoneta! ¡Avante!

Todas las ametralladoras rompieron á una el fuego sobre aquel héroe que apenas de todo se conservaba indemne...

Se le oyó gritar una vez aun, entre el estruendo de los disparos y con voz clara, un vigoroso ¡Viva Francia!

Resonó una formidable detonación... pedazos de carne, miembros rotos, y una lluvia de sangre, cayeron en los alrededores...

Del heroico oficial no quedaba ya ni rastro...

Pero su sacrificio, su holocausto glorioso y abnegado no fué estéril... trocado en granada viviente inutilizó á todos los servidores de las ametralladoras y mató lo menos 30 soldados de los que defendían la codiciada posición.

Nuestra gente, ebria de sangre y loca de furor, no concedió cuartel y una hora después no existía ni un

ANO 1 Sábado 22 de Mayo de 1915 NÚM. 6

Página literaria

Revisión bisemanal literaria de «El Eco de Cartagena»

RECÓNDITA

Tu traición es infinita, pero es así mi perdón.

Oyeo tú, mi amada, solamente: Hoy, que sin fé se arrastran los mortales, aún tenemos nosotros ideales, pudiendo al cielo levantar la frente.

A veces, temerosos de la gente, pretendemos parecer triviales; mas después, beberemos á raudales de nuestro hogar, en la apacible fuente.

Rumor de calles el amor rehúsa, la voz prosaica de la turba inquieta, á nuestro nido llegará confusa.

Y allí, en la dulce soledad secreta, yo tendré la belleza de mi musa, tú, tendrás el amor de tu poeta.

D. Giménez de Letang.

A Luis de Liliput

¿Verdad, lector, que conoces á Luis A Romero?

Aquel batallador periodista, á quien dió un nombre popular—Luis de Liliput—la baba de un asqueroso animalito tocado del tóxico de la envidia...

El, es el más entusiasta defensor de los barrios extramuros, cuyo nombre vais constantemente en las columnas de la prensa local, iniciando ésta ó aquella campaña en bien de la patria chica y en el de sus convencios.

Romero, es un muchacho de baja estatura y de cara redonda y simpática, de ojos escrutadores y de andar acelerado, á quien ves por las calles de nuestra ciudad, fijándose en todo, para luego contártelo en ingenuos cuentos, que titula «De la tierra», y en lo que ves desfiar todos los tipos humildes de la vida cartagenera; las acciones del «Futuro», del «Fábila», del «Chichao»...

De seguir sin contratiempos la senda que persigue, es indudable que llegará á ocupar un lugar preferente en la Prensa española, porque se lo merece por sus trabajos y por su corazón, abierto siempre á todo lo que signifique cultura, progreso y amor á España.

Antonio Pérez Hernández.